

El Catecismo en la Catequesis

Pbro. Alfredo Madrigal Salas

Un momento de particular vitalidad en la Iglesia, que se manifiesta en una búsqueda catequística para los hombres de hoy, de cara a un proyecto de "catecismo único" como expresión de esa búsqueda, requiere una serena reflexión y una precisión de los conceptos fundamentales: naturaleza y tareas de la catequesis, y evidentemente, naturaleza y funciones de un catecismo en la comunidad cristiana. Clarificados los conceptos, resultará más fácil comprender la intención de la Iglesia, y los acentos que, desde la particular realidad latinoamericana, se sugieren al proyecto.

La Catequesis como Proceso de Educación en la Fe

El crecimiento en la fe supone un llamamiento de Dios y una respuesta personal

El "estado del hombre perfecto" que supone "la madurez de la plenitud de Cristo", es una meta que se propone al cristiano a partir de su bautismo como respuesta a Dios en la comunidad cristiana.

A dicha madurez sólo se llega por "la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios" (Ef 4, 13).

El crecimiento del cristiano tiene signos claros que permiten percibir su ritmo y su intensidad. Así, el Apóstol San Pablo, dirigiéndose a los cristianos de Corinto, no duda en llamarlos "niños" que aún deben ser alimentados con leche, porque no soportan el alimento sólido. En efecto, el Apóstol anota las señales de su infantilismo en la fe: envidia, discordia, carnalidad. (Cfr. 1, Co 3, 1-4).

Efectivamente, "todo el que se nutre de leche desconoce la doctrina de la justicia, porque es un niño. En cambio, el manjar sólido es de adultos; de aquellos que, por costumbre, tienen las facultades ejercitadas en el discernimiento del bien y del mal" (He 5, 13-14). El llamamiento es claro, para que "siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor" (Ef 4, 15-16).

La comunidad eclesial es responsable de este crecimiento.

La consigna de Cristo a los Apóstoles "Id y haced discípulos a todas las gentes" (Mt 28, 19) se mantiene viva en la Iglesia a través de los siglos. Con el Papa Juan Pablo II podríamos afirmar que "no es posible evocar aquí, ni siquiera brevemente, la catequesis que ha mantenido la difusión y el camino de la Iglesia en los diversos períodos de la historia, en todos los Continentes y en los contextos sociales y culturales más diversos" (CT 12).

Por lo tanto, la catequesis es la acción eclesial, que, como forma del Ministerio Profético, conduce progresivamente al cristiano a la fe viva y madura, y por consiguiente, al cumplimiento de los compromisos eclesiales que el conocimiento de la fe comporta.

Esta acción eclesial, universal y permanente, sólo puede cumplir su cometido si llega al cristiano mediante una progresión continua, atendiendo:

a) al crecimiento integral del ser humano, que le va permitiendo y exigiendo, a la vez, mejor y mayor asimilación del Mensaje de Fe;

b) a la pedagogía divina, que pide a la catequesis que "sin perder de vista la totalidad de la Revelación" (DCG 38) parta de proposiciones simples, y las vaya ampliando y explicitando hasta llegar a iluminar la vida del cristiano que evoluciona, trabaja, sufre y lucha, en su condición de adulto.

La catequesis eclesial tiene una finalidad y unas leyes muy concretas.

Para que la catequesis, en fiel continuidad con la pedagogía de Dios, haga crecer al cristiano, debe ser *orgánica y bien ordenada*, lo cual significa:

a) una enseñanza sistemática, no improvisada, que siga un programa a través del cual pueda llegar a un fin preciso (cfr. CT 21);

b) una enseñanza elemental: lo cual quiere decir que no se trata de reflexiones ni de búsqueda teológica (cfr. CT 21);

c) una enseñanza completa: que, partiendo del primer anuncio, no se detenga en él sino que ayude al cristiano a hacer su camino en la fe (cfr. CT 20 y 21);

d) una educación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana (cfr. CT 21);

e) una educación cristiana que, siendo doctrinal y sistemática, arranque de la vida y conduzca a ella (cfr. CT 22);

f) una acción que sea coherente con la acción litúrgica y sacramental, y conduzca al cristiano a celebrar su fe (cfr. CT 25);

g) una acción realizada mediante un método que responda a una triple fidelidad: a Dios, al hombre y a la Iglesia (cfr. DCG 42 y 46; CT 31; DECAT. *Líneas Comunes de Orientación para la Catequesis en América Latina*, 42-44).

La catequesis, como modo eficaz de transmisión de la Revelación en la Iglesia, debe ser "necesariamente regulada, en los contenidos y en los métodos, por la estructura propia de tal transmisión, la cual implica la conexión inseparable entre Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio" (Juan Pablo II, Discurso, 15 Nov. 1986).

Este cuidado permanente que la Iglesia prodiga a la acción catequética, tiende a ayudarle a dar la respuesta que cada ser humano, en su condición de cristiano, en su edad y situación concreta necesita, para convertir en vida el mensaje que recibe.

El Magisterio de la Iglesia nos señala una catequesis como proceso permanente.

El Directorio Catequístico General dedica la parte V a una "catequesis según la edad". En dicha parte no se limita ciertamente a las exigencias de la psicología evolutiva, sino que, partiendo de dichas características, llama la atención sobre situaciones especiales (v. gr. niños y adolescentes que no frecuentan la escuela...) a problemáticas difíciles de afrontar (v. gr. pertenencia de los niños a familias indiferentes, niños y adolescentes inadaptados...) y a exigencias peculiares que demandan particular atención (v. gr. búsqueda del sentido de la vida, atención a los valores reales, exigencias intelectuales, formas peculiares de catequesis para adultos...).

La catequesis deberá, por lo tanto, atender las particulares exigencias de un proceso según la edad, según el itinerario de fe, según los ambientes socio-culturales, y según las actitudes de los catequizandos. Por eso el Directorio subraya que "es evidente que todas estas vías que se enlazan entre sí y dependen la una de la otra, tienen su valor y su importancia" (DCG 77).

El IV Sínodo de los Obispos (1977) en su proposición n. 15, destaca:

— No limitar la catequesis a la recepción de sacramentos. Debe ser itinerario permanente de la maduración cristiana, que acompañe al cristiano desde la edad preescolar hasta la vejez.

— La catequesis tiene como fin suscitar una fe viva, una energía dinámica que influye en toda la vida. No es cosa de un tiempo, sino una educación continua en la fe.

— Debe atender a los ritmos varios de maduración de la fe de los catequizandos, al proceso individual y colectivo.

— Conviene determinar alguna tipología de los cristianos según ambientes vitales: obreros, universitarios, profesionales, jóvenes rurales, etc. También según países, regiones, etc.

La Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae*, que en la totalidad de su contenido asume las anteriores preocupaciones del Sínodo, previene contra el establecimiento de “compartimentos estancos e incommunicados”, al referirse a la catequesis de las distintas edades. Es necesario, subraya, “propiciar su perfecta complementariedad” (CT 45).

Sin embargo, la novedad de la Exhortación en lo tocante al proceso permanente, es que no lo presenta únicamente como deber de la Iglesia, sino como un derecho que todo cristiano tiene de saciar su permanente “hambre de Dios”, y de aprender a dar razón de su fe, de su esperanza y de su amor, en la comunidad cristiana.

El Catecismo, como Instrumento al Servicio de una Fe Madura

Es necesario destacar la relación entre catequesis, catequista y catecismo.

Habida cuenta de la naturaleza, tareas y exigencias de la Catequesis como acción eclesial y como proceso permanente en la comunidad, es necesario destacar la relación y la debida diferencia entre ésta, el catequista y el catecismo.

El catequista lee, interpreta, aplica y evalúa el catecismo.

El Catequista es el cristiano que, consciente de su triple misión en la Iglesia, asume una forma del ministerio profético, cual es la catequesis, para ayudar a los hermanos a crecer progresivamente en la fe. El catequista, surgido y enviado por la comunidad cristiana, y servidor de ella, se convierte en testigo y profeta. Como testigo, que “ha visto y oído” las maravillas de Dios por su propia experiencia de fe, es insustituible en el proceso catequístico, de tal manera que sin él ningún recurso pedagógico y ninguna expresión audiovisual, por sofisticados que sean, tienen efecto transformante en el catequizando. Como profeta, habla en nombre de Dios, de Cristo y de su Iglesia, asumiendo por entero y con todas sus implicaciones un mensaje que no es suyo, sino que le ha sido entregado para que lo comunique íntegro, leyendo e interpretando los signos de los tiempos, a fin de encarnarlo en los hombres de hoy. Su formación debe prepararlo para atender a la naturaleza y funciones de la catequesis, así

como a las exigencias de los catequizandos, de tal manera que sepan leer, interpretar, aplicar y evaluar los instrumentos que el proceso catequístico pone en sus manos.

El catecismo es un fiel servidor y expresión de la catequesis.

El *Catecismo*, por ende, no es la catequesis, sino un fiel servidor y expresión de ella; así como tampoco es ni sustituye al catequista, en cuyas manos toma vida y se hace eficaz.

El catecismo es una síntesis del mensaje cristiano, que ayuda a obtener una visión sintética y orgánica de él. Como instrumento de formación, y referencia autorizada para las necesidades actuales, es parte de la responsabilidad del ministerio profético de los Obispos. Un catecismo, ofrecido a las Iglesias locales, siguiendo los criterios del Obispo o del Episcopado, del Presbiterio y de los catequistas, se convierte en instrumento de comunión para una catequesis auténticamente eclesial. Por lo tanto, un catecismo aprobado está revestido de autoridad, y no permite provisionalidad en la elección o en los contenidos, aun cuando se encuentre todavía en la etapa de consulta y de experimentación (cfr. can. 827; DCG 13e).

El *Directorio Catequístico General* sigue siendo la norma de referencia para la confección de un catecismo.

Un catecismo refleja y sugiere un método; así como también refleja y sugiere un lenguaje. La elección deberá estar inspirada en el esfuerzo por comunicar adecuadamente la integridad del mensaje. Por ello, recomienda el Papa "lograr catecismos fieles a los contenidos esenciales de la Revelación y puestos al día en lo que se refiere al método, capaces de educar en una fe robusta a las generaciones cristianas de los tiempos nuevos" (CT 50).

El catecismo no resuelve los problemas vivos y constantes de la catequesis.

Evidentemente un catecismo, por bien logrado que resulte, no resuelve los problemas vivos y constantes de la catequesis; el catequista (desde los diferentes protagonismos que la acepción incluye) es quien debe resolverlos. El catecismo colaborará, en el mejor de los casos, para que el catequista "sepa responder, con la gracia de Dios, a las exigencias complejas de la comunicación con los hombres de nuestro tiempo" (CT 50).

Todo catecismo, igual que toda catequesis, tiene como primer objetivo la madurez de la fe inicial (cfr. CT 19).

La catequesis no puede renunciar al catecismo.

En relación con el anterior objetivo, varían las características de los catecismos para niños, jóvenes y adultos, según los casos. En este último caso, debe ofrecer un itinerario orgánico y exhaustivo de la catequesis para la vida cristiana, siguiendo el criterio de la triple fidelidad, a Dios, al hombre y a la Iglesia.

El objetivo de todo catecismo es "entregar en forma condensada y práctica, los documentos de la Revelación y de la Tradición cristiana y los elementos fundamentales, indispensables al discurso catequístico, es decir, a la educación personal de la fe" (DCG 119).

Dado su objetivo primordial, ningún catecismo puede asumir cuestiones que aún pertenecen y permanecen en debates y reflexiones teológicas; mucho menos podrá incluir hipótesis personales o simples opiniones.

Por la función que ejerce en la catequesis, la importancia del catecismo queda demostrada a través de la experiencia larga y profunda de la Iglesia. En efecto, su esencia como instrumento en la transmisión de la fe, es tan antigua como el catecumenado, tan antigua como la Iglesia. La catequesis por lo tanto, no puede renunciar a él.

Un catecismo queda siempre abierto a la pluralidad de expresiones y a la renovación.

La naturaleza y finalidad de todo catecismo, ponen de relieve sus exigencias esenciales:

- a) una presentación sintética pero completa, integral, sin falsificaciones ni mutilaciones, del Mensaje Cristiano;
- b) un conjunto de elementos de comunicación, coherentes con la realidad de los destinatarios: edad, condición, idioma, etc.;
- c) garantía de actualización, tanto en la reflexión teológica que lo sustenta, como en la metodología que expresa y sugiere.

La historia de los catecismos en la Iglesia pone de relieve, en relación con la variedad de situaciones y características de la catequesis en una época determinada, el acento en alguno de los elementos antes citados. Así por ejemplo, el cuidado permanente de la Iglesia por la integridad del contenido, la ha llevado en no pocas ocasiones a juzgar no apto un catecismo para la transmisión fiel de la Revelación; la traducción y la adaptación de catecismos de un país o región a otro, así como la falta de precisión en sus destinatarios, también ha sido motivo de problemas; no pocos catequetas y catequistas sensibles a una auténtica y adecuada comu-

nicación del Mensaje, han desaconsejado el uso de catecismos que hablaron eficazmente a cristianos de otros tiempos, pero no a los suyos.

Cabe aquí tener en cuenta que la relativa unidad lingüística de España y Latinoamérica, no ha salvado, ni puede esperarse que lo haga, el inconveniente y la inadecuación del uso de catecismos españoles en países latinoamericanos, y tampoco la importación de catecismos desde países del mismo sub-continente.

Los Catecismos y Textos Permitirán la Variedad de Expresiones

Exigencias de la elaboración de los catecismos.

Partiendo de la naturaleza y funciones de todo catecismo, ya anteriormente descritas, es fácil comprender las exigencias que su elaboración supone.

Tanto en el caso de un catecismo para una Provincia Eclesiástica, como para una Diócesis, él requiere la "aprobación de los pastores" y la "inspiración en el *Directorio Catequístico General*" (CT 50). En lo tocante a lo primero, el *Código de Derecho Canónico* diferencia los casos, remitiendo a la Santa Sede el trabajo que en este sentido realicen las Conferencias Episcopales (c. 775,2). Tal decisión no es únicamente una norma jurídica, sino una expresión de la unidad, comunión y colegialidad en una única Iglesia, que se identifica a través del Magisterio y de la guía del Sumo Pontífice. En relación a lo segundo, a partir del momento en que la Iglesia promulgue el Catecismo Universal, éste, aún con la vigencia del *Directorio Catequístico General*, será el punto obligado de referencia.

La colegialidad episcopal al servicio de la catequesis.

En relación a la "calidad" del catecismo como tal, es más probable, sobre todo en muchos de nuestros países latinoamericanos, que la unión de fuerzas de un equipo de expertos que labore en un proyecto de catecismo para toda una Provincia Eclesiástica, sea más rica y cuente con más medios para tal logro (cfr. DCG 119).

Sobre tal conveniencia, que es evidente, prevalece la exhortación que Juan Pablo II dirige a las Conferencias Episcopales: "que emprendan, con paciencia, pero también con firme resolución, el imponente trabajo a realizar de acuerdo con la Sede Apostólica, para lograr catecismos

- fieles a los contenidos esenciales de la Revelación;
- puestos al día en lo que se refiere al método (CT 50).

Así, la colegialidad episcopal ejercerá el Ministerio de la Palabra para garantizar una encarnación adecuada del mensaje, fiel al contenido íntegro de la fe. Toda iniciativa personal o grupal será valorizada en la medida en que, mediante orientación y coordinación, se canalice hacia el proyecto nacional total.

Un catecismo será instrumento unificante en el contenido y diversificante en la expresión.

Tales catecismos, para una Provincia Eclesiástica o Región, obedecerán básicamente a un proyecto, el cual debe reflejar la reflexión seria de cara a la realidad, y a las necesidades y exigencias, humanas y pastorales de dicha provincia o región; este proyecto recogerá todas las exigencias de un proceso permanente de educación sistemática en la fe.

Dentro de dicho proceso, un catecismo responde a "un itinerario" o a "un proceso particular", con destinatarios muy concretos, y tendrá en cuenta el itinerario de fe anterior, así como el posterior, al que deberá conducir, para propiciar un crecimiento progresivo en la fe.

Así entendido, un catecismo es unificante en el contenido que lo inspira, y al mismo tiempo es diversificante en la expresión.

Los textos catequísticos.

Sin embargo, la fidelidad al hombre es más exigente aún, y hace surgir la necesidad de *textos* que, inspirados en el catecismo oficial, y siguiendo sus mismas líneas doctrinales y tal vez metodológicas, puedan ponerse en manos de los destinatarios del catecismo. Dichos textos, conservando las exigencias fundamentales del catecismo, tienen características muy particulares.

— Son más explícitos, más cercanos y más coherentes con la realidad en que el catequizando vive.

— Son más asequibles en su lenguaje.

— Llevan más fácilmente al sentido comunitario.

— Tienen más en cuenta la religiosidad y la cultura del pueblo, para encarnarse en ella.

— Suscitan un más vivo compromiso con la vida, promoviendo la justicia social en lo concreto.

— Ofrecen formulaciones de fe claras y sintéticas, para ayudar a la memoria.

— Se identifican con la comunidad, aún en el lenguaje de las imágenes.

— Promueven, no sólo la información, sino también la asimilación y la actividad.

— Su elaboración corresponde, generalmente, a los responsables diocesanos, y a quienes ellos integren en tan importante trabajo.

Importante en el conjunto de libros, instrumentos, subsidios, que forman unidad con un catecismo, y le son complementarios, es el manual didáctico. Destinado al catequista, debe ser explicativo, recoger conceptos básicos que puedan eventualmente suplir toda la bibliografía de la que el catequista carece. Debe brindar orientaciones pedagógicas, psicológicas y metodológicas.

Unidad y diversidad al servicio de la maduración en la fe.

De esta manera la comunidad eclesial orienta a los responsables de la elaboración de los catecismos mediante el "catecismo único", como punto de referencia y garantía para la integridad del contenido, en fidelidad a Dios.

Los Pastores velarán para que en la progresiva encarnación del mensaje, que se va logrando en los catecismos nacionales o regionales, y en los textos y otros subsidios complementarios, se logre la encarnación del Mensaje de Vida, en fidelidad al hombre.

Palabra, Comunidad, Catequesis, Catecismo

El dinamismo de la palabra de Dios se refleja en la comunidad de los cristianos.

La vocación al diálogo con Dios en nuestra vida no la vivimos aislados, sino en el seno de una comunidad que escucha la Palabra de Dios, celebra su fe y vive su compromiso de acción en el mundo. Mucho antes que nosotros, los miembros del pueblo de Israel pusieron su fe común por escrito, dando a luz así los escritos del Antiguo Testamento; los miembros de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, Antioquía, Efeso, Roma... también pusieron por escrito la experiencia de Cristo resucitado que estaban viviendo en común, y así se formaron los libros y las cartas del Nuevo Testamento. Una comunidad de creyentes, un pueblo fiel ha ido viviendo a lo largo de la historia su fe y la ha ido fijando por escrito. El pueblo de Dios se continúa ahora en la Iglesia de nuestros días, y su experiencia de fe no es esencialmente distinta de la de antaño.

Dicha comunidad no viene a ser sólo "ilustrada" o "enseñada" por el dato de una Palabra que se le comunica, sino que entra en contemplación

y en diálogo por una Palabra que suscita la conciencia de la grandeza de Dios que vive y actúa en el seno de la misma comunidad. En otros términos, la Palabra de Dios es, ante todo, vida, comunión y plegaria (cfr. Ef 1, 17ss).

El grupo de los creyentes responde a la entrega de Dios mediante la formación y el sostenimiento de una comunidad de fe, esperanza y amor. Es decir, pertenecemos a la Iglesia, en ella vivimos y celebramos nuestra fe; nuestra lectura de la Biblia y nuestra catequesis se realizan en su seno.

Aquí se confirma que la catequesis reconoce en la comunidad su fuente, su lugar y su meta, puesto que la Iglesia es siempre el contexto dentro del cual se desarrolla la catequesis, teniendo ambas, comunidad y catequesis, como factor primordial la presencia viva de Dios.

La misión de la catequesis es ser servidora de la Palabra en la comunidad.

Afirma el Papa Juan Pablo II que “la catequesis es tan antigua como la Iglesia”. La inspiración de la catequesis, cuando aún no se tenían las primeras formulaciones de fe consignadas en los símbolos no podía ser otra que la misma experiencia de Dios que se revelaba en las comunidades primitivas y manifestaba el cumplimiento de las Escrituras. Es decir, que la Palabra de Dios que surge, y se hace patente y eficaz en la experiencia vivencial de la Iglesia, fue en el principio y es hoy la fuente primordial de la catequesis. Lo cual, lejos de entenderse en el sentido de que la Palabra de Dios esté al servicio de la catequesis, ha de verse más bien en el sentido de que la Iglesia vive su fe por la Palabra, y que la catequesis ejerce una función mediadora, apoyando el camino de esa vivencia en la Palabra.

La finalidad de la catequesis es guiar la maduración de la experiencia de fe del cristiano: descubrir y vivir a Cristo en la vida de cada día. La presencia de la Biblia en la catequesis, como fuente de toda vida cristiana, ofrece la experiencia del encuentro con Dios del pueblo de Israel y de la primitiva comunidad cristiana.

Esa experiencia cristiana consiste en descubrir la presencia de Cristo en nuestra historia cotidiana; así la vida del creyente se convierte en una continua relación entre Dios y el hombre en la vida de cada día y en el marco del Pueblo de Dios.

De esta manera, la auténtica presencia de la Biblia en la catequesis es una presencia coherente con la experiencia cristiana: centrada en Dios, en el hombre, en la Iglesia, en el presente.

La naturaleza misma de la catequesis, la de acompañar y ayudar a madurar la respuesta de los cristianos a la llamada de Dios, comporta su carácter de servidora de la Palabra.

De hecho, no se puede separar la catequesis de la Sagrada Escritura, porque es precisamente en esta última donde se encuentran expresados el misterio de Dios y de Cristo que la catequesis debe ayudar a descubrir y a vivir. Si el mensaje central de la catequesis es el plan de salvación, dicho plan lo encontramos escrito en la Biblia, y experimentado en la comunidad, centrado en la persona de Cristo.

*El catecismo surge del proceso,
y no viceversa.*

A la luz de lo expuesto hasta aquí se ve la profundidad y la estrecha relación esencial entre *Palabra, Comunidad y Catequesis*. Ahora bien, ésta última, como proceso de educación sistemática de la fe, requiere de instrumentos materiales para cumplir su cometido. El más importante de éstos es, sin duda alguna, el catecismo, llamado a ser fiel servidor de la catequesis, de la comunidad, de la Palabra.

De la existencia de un catecismo no nace ni depende que haya catequesis. Al contrario: es de la existencia de la catequesis de donde proviene la conveniencia de un catecismo. Un instrumento no está llamado a generar un proceso. Más bien, un proceso está llamado a crear sus instrumentos.